

La burbuja de la indiferencia

Eduardo Antonio Parra

El 2 de octubre de 1968 quien esto escribe contaba con tres años, cinco meses y algunos días de nacido. A esa edad no el concepto de país, sino el del Universo entero se circunscribe al entorno familiar: la madre, el padre, un hermano mayor, las abuelas que de vez en cuando visitan la casa y algún vecino que se acomode a jugar con el niño ya sea por instinto paternal o para matar el tiempo. Como además la familia tenía su residencia en una tranquila ciudad de provincia, el crimen de Estado que ensangrentó la plaza de Tlatelolco en la capital pasó por completo desapercibido, no sólo el día que ocurrió, sino durante los años siguientes.

Ignoro si la gran mayoría de los niños de esa edad que residían en la Ciudad de México tuvieron conciencia de los acontecimientos de inmediato. Sé que para aquéllos cuyo hogar se ubicaba en la Plaza de las Tres Culturas o en sus inmediaciones la matanza constituyó un trauma imposible de eludir, pues el ronroneo de los helicópteros en el aire, las sirenas de patrullas, granaderas y ambulancias, las órdenes dadas a través de altavoces, el tableteo de las armas de fuego, las explosiones, los gritos de pánico, dolor y agonía, y después los pasos presurosos en las escaleras de los edificios, los golpes en las puertas, el ruido de los forcejeos y las quejas y súplicas de quienes eran detenidos por miembros del ejército y judiciales se deben haber tatuado en la memoria como algo indeleble: un recuerdo trágico y sangriento de lo que es capaz de hacer un gobierno paternalista cuando se decide a emplear toda la fuerza contra quienes, se supone, le otorgan su autoridad. Otros niños que desde el primer momento comprendieron en carne propia la gravedad de los hechos son los que vieron de pronto a su familia disminuida, sea porque el hermano o los hermanos mayores, estudiantes, desaparecieron para siempre en esos días; o porque su padre, madre o abuelo que nada tenían que ver con el movimiento fueron alcanzados por

una bala mientras escuchaban a los oradores, o mientras contemplaban el mitin, y ya jamás regresaron con sus seres queridos. Lo que sí es un hecho es que casi todos los niños capitalinos nacidos en la década del sesenta, pertenecieran o no a familias de intelectuales, crecieron en medio del debate que siguió a la Noche de Tlatelolco, estuvieron informados de manera directa o indirecta desde la infancia, escucharon de primera mano los relatos que narraban el movimiento estudiantil, supieron identificar desde el principio las mentiras de la versión oficial y llegaron a la adolescencia, y luego a la juventud, con una opinión más o menos formada, basada en los hechos y en los posteriores intercambios de puntos de vista. Pero para quienes crecimos en el seno de familias tradicionales, conservadoras, en algún rincón de la provincia mexicana, la historia fue muy diferente.

No recuerdo con exactitud la primera vez que escuché la frase: “La matanza de Tlatelolco”. Debió haber sido allá por 1973, a la edad de ocho años, cuando ya habían pasado cinco de la tragedia. Trato de hacer memoria, y creo que el tema salió a relucir cuando mi madre, o uno de sus hermanos, se refirió al “pobre de Toño, que tuvo que pasar la noche echado en el piso, prácticamente debajo de la cama, porque hasta la madrugada se oyeron balazos; incluso varios rompieron las ventanas y fueron a incrustarse en las paredes del cuarto”. Toño era el dramaturgo Antonio González Caballero, primo de mi madre, y en el año 68 vivía en el Edificio Nuevo León de la Plaza de las Tres Culturas. Nosotros entonces éramos vecinos de Linares, localidad de treinta mil almas situada cerca de Monterrey, pero lejísimos del acontecer político del país. Al niño que yo era debió parecerle muy emocionante la aventura experimentada por un pariente, porque después de tantos años la imagen permanece intacta en la memoria: un hombre se oculta agachado junto a su cama, y de tanto en tanto se acerca a la ventana para asomarse y contemplar el

duelo que se lleva a cabo abajo, a ras del piso en la plaza, mientras a su alrededor zumban los proyectiles. Luego, al escuchar que en la balacera habían muerto decenas, quizá cientos de estudiantes, la imaginación infantil resultó inútil. Los serenos y bandidos que mi cerebro había proyectado tras las primeras palabras se borraron para siempre sin que pudieran ser sustituidos por personajes distintos, pues no podía concebir a estudiantes sin armas cayendo muertos por la metralla de soldados perfectamente bien armados. No lo supe en aquel momento, pero quizá desde entonces comencé a percibir que en aquello de Tlatelolco había una gran injusticia oculta.

Conforme el niño que fui crecía, las alusiones al 2 de octubre del 68 aparecían con más frecuencia durante las conversaciones de los mayo res; pero al ser mi padre y sus amigos priistas convencidos, respetuosos de la autoridad y de las instituciones, y admiradores entusiastas de los mandatarios, incluso de Díaz Ordaz, como muchos hombres de su generación pertenecientes a la clase media que creían que lo que habían conseguido en la vida se debía en gran parte a las bondades de los gobiernos emanados de la Revolución, cada vez que se hablaba de la matanza era preciso acompañar los argumentos con un gesto grave, adusto, y algún comentario educativo, tal como “Por eso nunca debe uno enfrentarse con quienes detentan el poder”, o “Muchachitos pendejos, creían que iban a asustar al Presidente”, o “Eso les pasó porque los comunistas les envenenaron el cerebro”. También platicaban entre ellos, a manera de ejemplo de lo que no debe hacerse, anécdotas sobre sus conocidos de la Ciudad de México quienes, a causa de una blandura excesiva, habían perdido a sus hijos en la vorágine represora del gobierno.

¿Te acuerdas de mi compadre Peralta? Pues en esos días lo visité, y cada vez que sus muchachos salían él les preguntaba: ¿Adónde van? Al mitin, papá, respondían ellos. Así todos los días: ¿Adónde van, hijos? Al mitin, papá. Ándenles, que les vaya bien. Y una noche ya no regresaron del mitin y no los volvió a ver sino hasta que se los entregaron dentro de una caja. En gran parte él tuvo la culpa. Si los hubiera metido en cintura a tiempo, ahora no los estaría llorando.

Muchas veces me he preguntado si mi experiencia infantil respecto al 2 de octubre del 68 es igual, o por lo menos semejante, a la de los demás niños que crecieron en el interior de la burbuja de indiferencia de la clase media provinciana. Creo que sí. En las ciudades en las que viví durante la infancia no recuerdo un solo compañero de escuela, ni a ningún amigo de la cuadra o del barrio que estuviera dispuesto a contradecir a los mayo res cuando pontificaban acerca de la matanza, ni que se atreviera a aventurar una opinión favorable a los estudiantes. De hecho, casi estoy seguro de que, más que cu-

riosidad, los hechos de Tlatelolco únicamente les provocaban indiferencia. También me pregunté durante bastante tiempo por qué mi padre pensaba igual que sus amigos, o por qué repetía las mismas frases hechas que ellos, cuando era un gran lector de la historia y de los relatos de la Revolución Mexicana, y el hombre a quien más ha admirado en la vida es el general Francisco Villa, el rebelde por antonomasia en México, el revolucionario inconsciente, el defensor de los que en su tiempo sufrieron la prepotencia y la impunidad de los poderosos. ¿Era por la presión del medio donde se desenvolvía?, ¿por amnesia o comodidad política?, ¿por respeto a un principio de autoridad inefable e intangible?, ¿o simplemente por miedo a que nosotros, sus hijos, adquiriéramos el germen de la rebeldía que podía llevarnos a la muerte en manos del poder? No lo sé. Sin embargo, no deja de ser irónico que, acaso sin darse cuenta, él haya sido quien despertó en mí el interés por los sucesos del 68 en los inicios de mi adolescencia, a través de un libro que me hizo leer con la intención de sembrar en mi mente el rechazo a uno de los principales iconos del Movimiento Estudiantil.

Era el año 1979 y vivíamos en Nuevo Laredo. En el cine Latino anunciaron el estreno de *La muerte del Che Guevara* como una función insólita, pues la cinta “había sido prohibida en los Estados Unidos”. Por supuesto, mis amigos y yo asistimos al estreno y salimos de la sala impactados, enamorados del guerrillero argentino. Durante semanas no hablamos de otra cosa. Uno de nosotros consiguió *El diario del Che en Bolivia* y todos lo devoramos. Yo compré un póster de mi nuevo ídolo que llevaba una leyenda titulada “A mis hijos” y lo pegué en la pared de mi cuarto. Para mi padre mi admiración hacia un comunista debió ser demasiado, pero no me obligó a quitarlo porque prefería las razones a las órdenes, y en vez de despotricar en contra del Che optó por regalarme un libro del periodista



Roberto Blanco Moheno. Había sido escrito el año 68, se llamaba *Pancho Villa, que es su padre*, y llevaba una dedicatoria que decía más o menos así: “Dedico este libro a los jóvenes mexicanos que en los últimos tiempos han querido ver un ejemplo en la figura del Che Guevara, para mostrarles lo que es un verdadero guerrillero”. La lectura no me disgustó, e incluso la intención paterna se vio coronada en parte con el éxito, pues desde entonces comencé a alejarme del Che para acercarme a Villa y a otras figuras históricas mexicanas, pero la dedicatoria de Blanco Moheno me creó la necesidad de saber por fin qué había pasado el año 1968 en México. Aún no se hablaba de ello en televisión y pocos maestros de la secundaria a la que asistía estaban bien enterados de los hechos, pero yo ya era lector y tenía el presentimiento de que existían muchos libros en torno al tema.

Una tarde que me encontraba de visita en casa de un amigo, mientras hablábamos de alguna película su hermano sacó de un cajón un volumen de tapas negras y nos lo mostró con actitud sigilosa. “¿Ya leyeron esto?”, nos preguntó. Mi amigo y yo tomamos el libro con curiosidad: *La noche de Tlatelolco* de Elena Poniatowska. Al responderle que no, y que ni siquiera teníamos idea de lo que trataba, el hermano de mi amigo nos dijo: “Échen-selo, y se van a dar cuenta de lo que hacen los presidentes en este país”. Como era de su hermano, mi amigo fue quien lo leyó primero y a los pocos días me lo prestó para que lo comentáramos después. Cuando le pregunté qué le había parecido, su respuesta no pudo ser más clara: “Está con madre. Te vas a deprimir”.

No se equivocó en ninguna de las dos frases. Aunque yo creía que lo que iba a leer era una novela, desde las primeras páginas la crónica de Elena Poniatowska me absorbió al grado de que durante horas no hice otra cosa que leer, sólo para al día siguiente concluir el libro y de inmediato empezarlo a releer. No daba crédito a lo que el gobierno tan respetado por mi padre y sus amigos había llegado a hacer con sus jóvenes en un arranque de autoritarismo. Estaba fascinado y horrorizado a un tiempo. A través de esas páginas asistía a una revelación, si bien dolorosa, que habría de definir mi pensamiento de manera definitiva. Apenas terminé la segunda lectura, corrí a casa de mi amigo, a hablar con él y con su hermano, quien ya cursaba la carrera profesio-

nal, para que me aclarara muchos detalles de los hechos que no venían en la crónica. Discutimos varias horas y salí de ahí ahora con *Los días y los años* de Luis González de Alba.

Al llegar a mi casa, decidí encarar a mi padre. Comencé preguntándole cuánto sabía acerca del 2 de octubre del 68 y pronto me di cuenta de que su información procedía de las fuentes oficiales del gobierno: los periódicos y la televisión. Estaba seguro, por ejemplo, de que cuando Díaz Ordaz dijo en su informe de gobierno “Aquí está mi mano tendida”, realmente había querido dar el primer paso para llegar a un arreglo con los estudiantes. Sin embargo, cuando lo contradije no se irritó; por el contrario, me miró con respeto y escuchó mis argumentos con interés, aunque de vez en cuando rebatía mis afirmaciones demasiado apasionadas. Al final, me dijo que continuara leyendo, y que volviéramos a platicar después. Lo hice, y la conversación con él en torno a los sucesos de Tlatelolco no ha concluido aún. En treinta años lo he visto modificar su perspectiva, primero, y sus opiniones después, hasta convencerme de que el paso del tiempo, los hechos, la lectura y la reflexión consiguieron sacarlo de esa cómoda burbuja cristalina donde vegetan las convicciones de la mayoría de los mexicanos.

Hoy, a cuatro décadas del crimen masivo de la Plaza de las Tres Culturas, el cine, la televisión, la radio y los periódicos discuten en modo abierto el tema; se ha acusado públicamente a los responsables, se realizan programas especiales y los libros que abordan los hechos podrían llenar una biblioteca. Sin embargo, los niños y, lo que es peor, muchos de los jóvenes con quienes tengo contacto ignoran los detalles de lo ocurrido el 2 de octubre del 68. Tienen, si acaso, una idea vaga al respecto. Quizá se deba a la lejanía del suceso (para un adolescente de hoy, el 68 queda a la misma distancia temporal a la que me quedaba la Revolución en mi adolescencia). Lo único que ha cambiado, por fortuna, es la opinión general: no se sabe bien a bien lo que pasó, pero casi todos saben que fue un crimen de Estado. Ya no son los estudiantes los malos del cuento, o los rebeldes imprudentes, sino las víctimas del gobierno sanguinario y represor. Por lo menos es un avance, aunque la mayor parte de la población, sobre todo los jóvenes, continúen dentro de la burbuja de la indiferencia.

Para un adolescente de hoy el 68 queda a la misma distancia temporal a la que quedaba la Revolución en mi adolescencia.